

PÉRDIDA Y ALEGRÍA

Por Brenda García Benítez

Ese día me encontraba muy triste, pero tuve que seguir con la peregrinación. Te preguntarás tal vez sobre el por qué de mi tristeza. Bueno, es por la muerte de mi héroe, mi ser máspreciado. ¡Mi abuelo! Era la persona más sabia que había conocido, claro, mi padre también era muy lindo, sin embargo el recuerdo de mi abuelo era especial, recuerdo su ternura y las muchas historias que me contaba sobre sus aventuras en el bosque.

La muerte de mi abuelo fue inesperada y sorprendente. Mi abuelo murió por la mordida de una serpiente muy venenosa; mi tribu no lo pudo salvar. En aquellos días me encontraba sola, mi padre y mi madre se encontraban en otra tribu desde hace tres años. En todo ese tiempo no los veía, mi abuelo era el único familiar que me acompañaba, él me había criado todo ese tiempo. Sólo él, mi gran abuelo, me había cuidado.

Recuerdo bien que todos los sucesos importantes que nos ocurrían los íbamos dibujando en unas gruesas pieles. Los dibujos eran coloridos y representaban, a través de símbolos, nuestra vida. Mucho tiempo después nuevos hombres, de nuevas culturas les llamarían “códices” a nuestros queridos dibujos. El día en que mi abuelo murió hicimos el código 19, en él, mi tribu y yo aparecíamos llorando en un lugar rodeado por plantas de maguey, las lágrimas, el llanto, eran por la muerte de mi abuelo.

Todos en mi tribu querían mucho a mi abuelo, él era un hombre sabio, quien siempre nos animaba a todos a continuar con la peregrinación.

Disculpa, todavía no me he presentado, mi nombre es Macuilxóchitl, o sea, “Cinco Flor”, mi nombre representa el espíritu de crecimiento en mi pueblo.

Mi pueblo siempre vivió perseguido por otros pueblos que le exigían tributo. Un día los sacerdotes tuvieron una visión: debíamos encontrar una roca en donde existiera, sobre ella, un nopal y en él debería estar parada un águila devorando a una serpiente. Desafortunadamente mi abuelo murió en el camino.

Mis padres eran gobernantes de ese pueblo, no eran los únicos, pero al hora de emprender la larga peregrinación en la búsqueda del “lugar esperado” les tocó encabezar, a cada uno, una de las tribus que irían en peregrinación. En total eran ocho tribus. Yo me quedé en otra tribu con mi abuelo. Recuerdo bien la mañana en que salimos: mi madre tomó con sus manos mi rostro, me sujetó fuertemente, fijó su mirada en la mía, me abrazo fuertemente y luego se despidió de mi dándome un cálido beso en la frente. En ese momento una ráfaga de viento fresco me rozó la cara. El viento venía mezclado con ese olor dulce del “copali” que usan nuestros sacerdotes en los ritos.

El tiempo pasaba y la peregrinación parecía interminable, la ausencia de mi abuelo hacía más difícil el viaje. Todos extrañábamos sus palabras de aliento, su rostro sonriente, su calidez.

Habíamos cumplido ya 18 años de peregrinación, algunos de los hombres que se encontraban en la tribu se habían desesperado. Pero con la misma sencillez de un amanecer, un día, los jefes de nuestra tribu gritaron contentos: “¡Hemos encontrado al águila!, ¡hemos encontrado el lugar!”

Rápidamente fuimos todos a ver cumplido el presagio que nos había mantenido en peregrinación por tanto tiempo. Al llegar, vimos cumplida la profecía y todos nos abrazamos y lloramos de alegría. Los “tlacuilos”, que eran las personas que únicamente podían pintar y explicar los códigos, pintaron, fascinados, el gran descubrimiento.

Después del hallazgo, una tribu fue en la búsqueda del resto del pueblo; yo sólo deseaba una cosa: ver el rostro de mis padres.

Seudónimo: “Libertad”